

GUIPUZCOANOS ILUSTRES

JUAN DE ICIAR

(AUTOR DE LA PRIMERA ORTOGRAFÍA ESPAÑOLA)

Pocos países habrá en la tierra tan injustamente tratados (históricamente hablando) como este nuestro país vasco.

Como entre otras mil desgracias que nos han llovido, no ha sido la más pequeña la de carecer de una historia concienzuda, extensa y veraz; la de carecer de un estudio crítico que haya podido ahondar hasta los más profundos arcanos históricos, he aquí que se habla de las cosas y personas del país vasco como si se hablara de la Biblia.

El desconocimiento es completo. Aun los que discuten y los que nos discuten, apenas se han enterado más que en quintas fuentes históricas ó en autores parciales, que más se han ocupado de la historia de España en general, que de la del país vasco en particular.

Hablando yo cierto día con un ateneísta en Madrid sobre la historia y hombres de saber del país vasco, el ateneísta me decía: "Pero es que los vascos apenas han tenido ustedes figuras de primer orden, ni tan siquiera intelectuales."

—¡Qué error más grande, amigo mío!— le respondí. Figuras las hemos tenido y muy sobresalientes. Lo que hay es que ustedes no se han tomado el trabajo de estudiar como se debe la historia de aquel país. Puedo asegurarle que apenas hay no una capital, sino un pueblecillo de aldea, una anteiglesia, un caserío, un trozo de tierra, por diminuto que sea, donde no haya surgido un hombre célebre, una figura extraordinaria. ¿Quién le diría á usted que el primero que difundió la ciencia filosófica en Méjico fué un vasco que se llamó Elizacochea, hombre de tanto saber en esta rama del saber humano como olvidado casi por sus compatriotas? ¿Quién diría que un pueblecillo como Durango ha dado á la civilización ultramarina hombres como Enrique de Vedia, primer cónsul de España en Jerusalén; el inmortal Bruno de Zabala, fundador de Montevideo; Andonaegui, capitán general y gobernador militar de Buenos Aires, bajo cuya dirección se colocó el primer empedrado en las calles de la República Argentina; Zamudio y Vizcaino, marinos célebres y acompañantes de Cristóbal Colón en su célebre expedición al Nuevo Mundo? ¿Y desconoce usted, por ventura, el nombre y la historia de aquel célebre varón que se llamó Juan de Iciar y que fué el autor de la primera ortografía española?

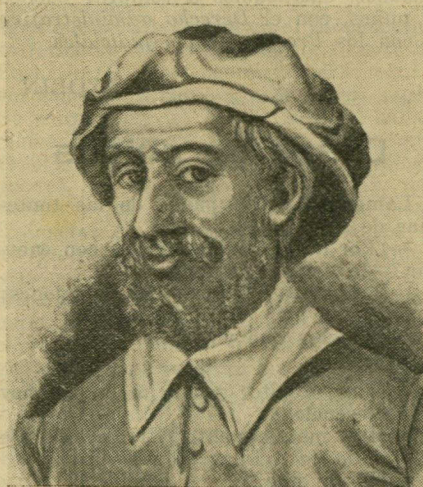
Juan de Iciar nació en Durango y fué una personalidad ilustre en el cultivo de las letras. Era un estilista consumado, y en Zaragoza, donde habló en público muchas veces, se distinguió siempre por su estilo impecable y por la maravillosa construcción gramatical del lenguaje que hablaba.

Fué el autor del primer método de ortografía que tuvo la lengua castellana el año de 1550, y puso á su libro, impreso también en Zaragoza, el nombre de *Ortografía práctica*. Fué impreso por don Pedro Bermuz y en la portada de tan no-

tabilísima obra aparece el retrato de Juan de Iciar grabado sobre madera.

Esta distinción, aunque actualmente carece de importancia, era por aquel entonces una excepción exclusiva de las obras de gran relieve, y á nadie se le ocurría grabar el menor retrato en las obras, si estas no eran de extraordinario valor científico ó literario. Hubiera caído, no tan solo en ridículo, sino bajo el anatema de los hombres de letras.

Tal importancia tenía en aquellos tiempos el grabado, que el de Iciar fué hecho expresamente por un lionés llamado Juan Vingles, que fué quien aplicó á la imprenta los dibujos hechos en madera. De la obra del ilustre durangués Juan de Iciar, han arrancado hasta los actuales tiempos todas las innovaciones que se han hecho en lengua castellana.



La obra de Iciar tiene doble importancia bajo su aspecto lingüístico, puesto que aun no se había hecho el menor estudio sobre materia tan importante, y ya él, con los únicos materiales de su dominio de la lengua castellana, depuró el lenguaje, inventando ó suprimiendo vocablos, y arrancando todos los vicios de dicción populachera.

Fué un humanista de primera fuerza, y dominaba el latín de tal modo, que para él no había ni traducción ni construcción difícil. Desde Ovidio hasta Horacio y desde Cicerón á Demóstenes, todo le era familiar.

Admirado por todos los más ilustres hablistas del siglo XV, á él se dirigían en consulta aun en las más complicadas cuestiones. Tenía tal reputación y autoridad, que su fallo se acataba como la última palabra en materia filológica. Sus traducciones del latín, dicen los escritores de aquella época, son verdaderas obras maestras.

Entre sus muchas obras, recordamos la *Aritmética práctica* y *Arte subtilísima por la cual se enseña á escribir y contar perfectamente*.

Todas sus obras fueron declaradas de texto en las escuelas del Reino, y tanto por la intelectualidad española como por los Monarcas y secretarios de Estado, fué considerado Juan de Iciar como el primer pedagogo español.

En la *Biblioteca Hispana*, de Nicolás

Antonio, figuran las obras de Juan de Iciar como una muestra de la intelectualidad española de aquellos tiempos, en que las guerras, conquistas y la exaltación del espíritu manchego, no permitían parar la atención en las producciones literarias que no perteneciesen el género caballeresco, insípido y camorrero, según nos habla uno de los biógrafos de Iciar.

Por lo demás, Iciar perteneció á humilde familia, y tan solo sus vigilias, sus talentos y su voluntad firme, le hicieron llegar á la altura intelectual en que se colocó. Gloria, pues, al pueblo durangués que tantos hombres ilustres ha producido en las ciencias, en las letras, en la política, en la milicia y en las artes, y que forma la gloriosa corona de oro junto con los demás pueblos hermanos de Guipúzcoa y de Alava.

ADRIAN DE LOYARTE.

Una anécdota de la princesa Guisa

Ahora que se viene hablando tanto de las extravagancias y deudas de la princesa Luisa de Bélgica y de su completo desconocimiento del valor del dinero, resulta de especial interés esta anécdota.

Estando no hace mucho en París Su Alteza, llegó á su hotel cierta noche una "midinette" con un traje nuevo que la princesa había encargado. La chica era muy guapa y graciosa, y la princesa quedó encantada de ella como igualmente de una medalla de plata muy artística que llevaba al cuello.

—¡Si Su Alteza se dignase aceptarla!— insinuó la muchacha.—Es una medalla de la Virgen de Praga.

—Eres muy amable—contestó la princesa.—La acepto con mucho gusto, y en cambio te voy á hacer yo un regalito. Toma este collar de perlas como recuerdo mío.

La "midinette" se marchó encantada con su collar de perlas creyendo, naturalmente, que eran imitación.

Algún tiempo después, teniendo necesidad de dinero, se dirigió á un joyero en París para que le valuase su collar, y recibió la consiguiente sorpresa al enterarse de que eran perlas finas y que valía nada menos que 275.000 francos.

En el Juzgado

Juicio de faltas.

El juez municipal impone una multa á un caballero por haber llamado bestia á una señora.

—¿De manera que no se puede llamar bestia á una señora?

—No, señor; y por eso se le impone á usted la multa.

—¿Y me multarán también por llamar señora á una bestia?

—No, señor.

—Pues entonces... señora, estoy á los pies de usted,—le dice á la demandante. Y se va muy tranquilo.